

Martes 11 Mayo 2004

La calle
Diario de un espectador
Dos solemnidades
por miguel ángel granados chapa

De tanto en tanto un director de orquesta recibe el homenaje de la que conduce, cuyos integrantes se niegan a ponerse de pie, ante los aplausos del público, que el hombre de la batuta quiere distribuir entre los ejecutantes, considerándolos a todos merecedores del reconocimiento sonoro. Permaneciendo en sus sitios, los músicos explican que a su juicio el director debe recibir más que nadie las ovaciones. Pero hay veces en que no permanecen pasivos sino que se suman entusiastas al aplauso al director. Eso ocurrió el domingo en el concierto de la Orquesta Filarmónica de la Ciudad de México (OFCM), dirigida por Alun Francis. Tanto o más que el público mismo, los ejecutantes aplaudieron al huésped, al cabo de una hermosa función que unió dos solemnidades contrastantes, la de la música aristocrática de Edward Elgar y la magnificente de Shostacovich, surgida de una experiencia emocional que sólo un hombre profundo puede sentir y traducir en notas.

La Filarmónica capitalina carece de director titular hace ya demasiado tiempo. Tiene que acoplarse, por lo tanto, a los estilos de cada invitado, ausente una definición a partir de la cual sean sencillos los ajustes que cada talante requiere. Quizá por eso los muy profesionales miembros de la OFCM, que aun en su propio perjuicio perseveran en mantener viva una tradición que alcanza ya un cuarto de siglo, aprecian las calidades de los directores huéspedes y se entregan a su conducción sin remilgos y con aplausos.

Alun Francis, el conductor que tuvo ese privilegio este domingo, es británico y ha dirigido no pocas orquestas del Reino Unido, incluida la célebre sinfónica de Londres, con la que ha grabado discos. Dirigió las orquestas de la BBC, la sinfónica de Birmingham, la de Bournemouth, la orquesta Halle, de Manchester y la Real Orquesta Nacional Escocesa. Fue durante diez años director artístico de la Orquesta de Ulster, y de la Ópera de Irlanda del Norte, ambas con sede en Belfast. En 1979 se instaló del otro lado del Atlántico para dirigir, durante seis años, la orquesta de cámara Northwest, en Seattle. Volvió a Europa como director en jefe del Ópera Forum en Holanda, y como director musical general de la Filarmónica del Noroeste en Alemania. En los años recientes fue director principal de la Orquesta Haydn de Bolzano y Trento, de la sinfónica de Berlín y de la sinfónica milanesa que lleva el nombre de Giuseppe Verdi.

Fiel a su condición nacional, Francis escogió a Elgar para abrir el programa. Pompa y circunstancia es el título de la breve marcha, muy conocida por todos, que remite a las glorias pasadas de la realeza británica, hay tan venida a menos que ya hasta se la inmiscuye en delitos gravísimos, si resultara verdad la verosímil conjetura de que la princesa Diana de Gales murió no en un accidente de automóvil sino a resultas de un atentado. De todas formas, la composición de Elgar sirvió para que el carácter festivo de la Filarmónica de la ciudad de México se manifestara a sus anchas.

Pero la orquesta no desmereció cuando atacó los cinco movimientos de la octava sinfonía de Shostacovich, un monumento musical, un canto a la paz porque resultó de las visión del compositor sobre las atrocidades de la Segunda Guerra Mundial. La obra, contribución enorme de Shostacovich al patrimonio artístico de la humanidad, fue sin embargo un suplicio para él. La burocracia cultural llegó a calificarla de antisoviética y contrarrevolucionaria. El programa de mano recuerda que el autor dijo en sus memorias que cada crítica laudatoria a su trabajo "le inspiraba terror, dado el espíritu mezquino y vengativo de la jauría", es decir de los jefes de la cultura estalinista, que percibieron el tono crítico de una sinfonía que no concluye entre sonoridades sino que se apaga de repente.

ca1152004.txt